



Hydriotaphia o *El enterramiento en urnas* (capítulo V)

Hydriotaphia (chapter V)

■ Thomas Browne (†)

■ Bien, ya que han durado más estos huesos muertos que los huesos vivos de Matusalén²³⁰, y, a una yarda bajo tierra y entre paredes de barro, han sobrevivido a cuantos resistentes y ostentosos edificios los cubrieron, y han reposado quedamente bajo los tambores y pisadas de tres conquistas²³¹, qué príncipe puede prometer semejante diuturnidad para sus restos, o no podría decir alegremente:

Sic ego componi versus in ossa velim (CXI).

El tiempo, que deja las antigüedades anticuadas, y tiene el arte de hacer de todas las cosas polvo, ha perdonado sin embargo estos monumentos menores. En vano esperamos ser conocidos por abiertos y visibles conservatorios, cuando ser ignorados era el medio de perduración de éstos, la oscuridad su protección. Si murieron a manos violentas, y fueron arrojados a sus urnas, estos huesos resultan notables; y los honrarían algunos filósofos antiguos (CXII), que juzgaban que las almas así arrancadas de sus cuerpos eran las más puras, y las que guardaban una propensión más fuerte hacia estos cuerpos; mientras que ellos dejaban cansinamente un cadáver languideciente y con débiles deseos de reunión. Si cayeron por dilatado y añoso declive, aún, envueltos en el fardo del tiempo, se resumen en la indistinción, y no forman sino un mismo borrón con los niños. Si empezamos a morir cuando vivimos, y la longevidad no es más que una prolongación de la muerte, nuestra vida es una triste composición: vivimos con la muerte, y no morimos en un instante. Cuántas pulsaciones integraron la vida de Matusalén, sería tarea para Arquímedes²³³, vulgares tantos resu-

Se reproduce el capítulo V de *Hydriotaphia* o *El enterramiento en urnas* (1658) de la obra de Thomas Browne (1605-1682); tomada de: Browne T. *La religión de un médico y El enterramiento en urnas* (nota previa, traducción y epílogo de J. Marías). Barcelona: Reino de Redonda, 2002, pp. 233-245. (Por respeto al original se ha conservado la numeración de las notas tal como aparece en la citada edición.)

men la vida del hombre de Moisés (cxiii). Nuestros días se hacen considerables, como las sumas insignificantes, por acumulaciones minúsculas; donde numerosas fracciones no forman más que pequeños números redondos, y nuestros días, largos de un palmo, no equivalen ni a un meñique (cxiv).

Si la vecindad de nuestra necesidad postrera trajera una mayor conformidad con ella, habría felicidad en los cabellos canos, y no calamidad en los demediados sentidos. Pero el largo hábito de la vida nos indispone a morir, cuando la avaricia nos convierte en juguetes de la muerte; cuando hasta David se hizo arteramente cruel²³⁴, y de Salomón podía decirse difícilmente que fuera el más sabio de los hombres²³⁸. Pero muchos son viejos demasiado pronto, y antes de la fecha de la edad: la adversidad estira nuestros días, la desgracia crea noches de Alcmena (cxv), y para ella no tiene alas el tiempo. Pero el ser más tedioso es áquel que puede dejar de desearse, contento de ser nada, o de nunca haber sido; lo cual sobrepasaba el descontento de Job, quien maldijo no el día de su vida, sino de su natividad: contento de haber sido lo bastante tiempo para tener derecho a un ser futuro, aunque aquí hubiera solamente vivido en un estado oculto de la vida, y, por así decir, como un aborto²³⁹.

Qué canción cantaban las sirenas, o qué nombre tomó Aquiles cuando se ocultó entre las mujeres, aunque cuestiones desconcertantes (cxvi), no quedan fuera de toda conjetura. En qué tiempo las personas de estos osarios ingresaron en las famosas naciones de los muertos (cxvii), y durmieron con príncipes y consejeros (cxviii), podría admitir amplia solución. Pero quiénes fueron los propietarios de estos huesos, o qué cuerpos componían estas cenizas, sería cuestión que excedería el anticuarianismo, y que no ha de resolver el hombre —ni tal vez los espíritus fácilmente, salvo que consultemos a los guardianes provinciales, u observadores tutelares²⁴⁰—. Si tan buena provisión de sus nombres hubieran hecho como de sus restos, no habrían errado tan crasamente en el arte de la perpetuación; pero subsistir en huesos, y quedar tan sólo piramidalmente²⁴², es una falacia de duración. ¡Vanas cenizas, que en el olvido de nombres, personas, tiempos y sexos han hallado para sí una perduración inútil, y que sólo se alzan ante la posteridad tardía como emblemas de las vanidades mortales, antidotos contra el orgullo, la vanagloria y los delirantes vicios! Las vanaglorias paganas que creían que el mundo podría durar para siempre tenían un estímulo para la ambición, y, al no encontrar Átropa²⁴³ para la inmortalidad de sus nombres, jamás los desalentaba la necesidad del olvido. Hasta las ambiciones antiguas llevaban ventaja sobre las nuestras en sus tentativas de vanagloria, ya que, al obrar temprano, y antes del probable meridiano del tiempo²⁴⁴, han hallado ya ahora gran cumplimiento de sus propósitos, por lo que los antiguos héroes ya han sobrevivido a sus monumentos y salvaguardas artificiales. Pero en esta última escena del tiempo no podemos esperar tales momias para nuestras memorias, cuando la ambición puede temer la profecía de Elías (cxix), y Carlos V no puede nunca esperar vivir en dos Matusalenes de Héctor (cxx).

Y, por ello, el inquieto desasosiego por la diuturnidad de nuestras memorias, para las consideraciones presentes parece una vanidad casi anticuada, y una insensatez

caduca. No podemos esperar vivir tanto en nuestros nombres como lo han hecho algunos en sus personas; una cara de Jano no guarda proporción con la otra²⁴⁷. Es demasiado tarde para ser ambicioso: las grandes mutaciones del mundo ya se han obrado, o el tiempo puede ser demasiado corto para nuestros propósitos. Prolongar nuestros recuerdos con monumentos, por cuya muerte diariamente oramos²⁴⁸, y cuya duración no podemos esperar sin perjuicio de nuestras expectativas en el advenimiento del último día, sería una contradicción con nuestras creencias. Nosotros, cuyas generaciones están dispuestas en esta parte poniente del tiempo, nos vemos providencialmente libres de tales imaginaciones; y, estando obligados a mirar la restante partícula del tiempo futuro, nos hallamos naturalmente constituidos para los pensamientos sobre el otro mundo, y no podemos declinar con excusa la consideración de esa duración que hace de las pirámides pilares de nieve, y un instante de cuanto ya ha pasado.

Círculos y líneas rectas limitan y encierran todos los cuerpos, y el mortal círculo rectilíneo (cxxi) debe concluir y cerrarlo todo. No hay antídoto contra el opio del tiempo, que temporalmente considera todas las cosas: nuestros padres hallan su tumba en nuestras cortas memorias, y tristemente nos dicen cómo podemos ser enterrados en los que nos sobreviven. Las lápidas cuentan la verdad durante apenas cuarenta años (cxxii); las generaciones pasan mientras algunos árboles permanecen, y las viejas familias no duran lo que tres robles. Ser leídos por meras inscripciones, como muchos en Gruter (cxxiii); esperar la eternidad por epítetos enigmáticos, o por las primeras letras de nuestros nombres: ser estudiados por los anticuarios, quiénes fuimos, y que se nos den nuevos nombres, como a muchas de las momias (cxxiv), son fríos consuelos para los estudiantes de la perpetuidad, aunque sea en lenguas imperecederas.

Contentarse con que los venideros tiempos sepan tan sólo que existió tal hombre, sin que les preocupe saber más de él, era una frígida ambición de Cardano (cxxv), que desmerecía de la inclinación de su opinión sobre sí mismo²⁵⁰. ¿A quién le importa subsistir como los pacientes de Hipócrates²⁵¹, o los caballos de Aquiles en Homero²⁵², bajo denominaciones desnudas, sin méritos ni acciones nobles, que son el bálsamo de nuestras memorias, la *entelechia* y alma de nuestras subsistencias? Ser anónimo en dignas hazañas vale más que una historia infame: la mujer cananea²⁵³ vive más dichosamente sin nombre que Herodías con uno²⁵⁴. ¿Y quién no habría preferido ser el buen ladrón que Pilatos?

Pero la iniquidad del olvido ciegamente esparce su amapola, y trata la memoria de los hombres sin distinción en el merecimiento de la perpetuidad. ¿Quién puede sino compadecer al fundador de las pirámides? Vive Heróstrato, que quemó el templo de Diana²⁵⁵; el que lo erigió está casi perdido²⁵⁸. El tiempo ha perdonado el epitafio del caballo de Adriano, confundido el suyo²⁵⁹. En vano calculamos nuestras venturas por la ventaja de nuestros buenos nombres, ya que tienen los malos igual duración, y Tersites probablemente vivirá tanto como Agamenón²⁶⁰. ¿Quién sabe si el mejor de los

hombres es conocido, o si no hay olvidadas más personas notables de las que se recuerdan en la cuenta conocida del tiempo? Sin el favor del registro imperecedero, el primer hombre habría sido tan desconocido como el último y la larga vida de Matusalén habría sido su única crónica.

No se puede comprar al olvido: la mayor parte ha de contentarse con ser como si no hubieran sido, con encontrarse en el registro de Dios, no en las actas del hombre. Veintisiete nombres componen la primera historia, (cxxvi) y los nombres registrados desde entonces no contienen un siglo vivo. El número de los muertos en mucho excede el de cuantos han de vivir: la noche del tiempo con creces supera al día, ¿y quién sabe cuándo fue el equinoccio? Cada hora aumenta esa fluyente aritmética, que apenas se detiene un instante. Y ya que la muerte debe ser la Lucina de la vida²⁶¹, y hasta los paganos (cxxvii) pudieron dudar si así vivir era morir; ya que nuestro sol más largo se pone en verticales descensos, y no describe sino arcos invernales, y por tanto no puede ya faltar mucho para que yazgamos en la oscuridad, y tengamos nuestra luz entre las cenizas (cxxviii); ya que el hermano de la muerte²⁶³ nos acecha diariamente con recordatorios mortales, y el tiempo, que también envejece, nos ordena no esperar una larga duración, la diuturnidad es un sueño y un desvarío de la esperanza²⁶⁴.

La tiniebla y la luz dividen el curso del tiempo, y el olvido comparte con el recuerdo gran parte incluso de nuestros seres vivos; apenas recordamos nuestras dichas, y los golpes más agudos de la pena nos dejan tan sólo punzadas efímeras. El sentido no tolera las extremidades, y los pesares nos destruyen o se destruyen. Llorar hasta volverse piedra²⁶⁵ es fábula: las aflicciones producen callosidades, las desgracias son resbaladizas, o caen como la nieve sobre nosotros; lo cual, sin embargo, no es un infeliz entumecimiento. Ignorar los males venideros, y olvidar los males pasados, es una misericordiosa disposición de la naturaleza, por la cual digerimos la mixtura de nuestros escasos y malvados días; y, al no recaer nuestros liberados sentidos en hirientes remembranzas, nuestras penas no se mantienen en carne viva por el filo de las repeticiones. Gran parte de la antigüedad satisfacía sus esperanzas de subsistencia con la transmigración de sus almas: una buena manera de prolongar sus memorias, mientras, teniendo la ventaja de sucesiones plurales, no podían sino ejecutar algo notable en semejante variedad de seres, y, gozando de la fama de sus encarnaciones pasadas, hacer acumulación de gloria para sus últimas duraciones. Otros, antes que perderse en la inconsolable noche de la nada, se contentaban con retirarse al ser común, y ser una partícula del alma pública de todas las cosas; lo cual no era más que retornar de nuevo a su desconocido y divino origen. Más insatisfecho era el ingenio egipcio, que preparaba sus cuerpos en dulces consistencias para aguardar el regreso de sus almas. Pero todo era vanidad, apacentarse de viento, (cxxix) y desvarío: las momias egipcias que Cambises²⁶⁷ o el tiempo han perdonado, las consume la avaricia ahora. La momia se ha hecho mercancías²⁶⁸, Misraim²⁶⁹ cura heridas, y el Faraón se vende como bálsamos.

En vano esperan la inmortalidad los individuos, o cualquier patente contra el olvido, en salvaguardas bajo la luna. Los hombres se han engañado hasta en sus ilusiones suprasolares, y en sus estudiadas extravagancias para perpetuar sus nombres en el cielo: la variada cosmografía de ese lugar ya ha cambiado los nombres de las constelaciones inventadas: Nemrod se ha perdido en Orión, y Osiris en Sirio. Mientras buscamos la incorrupción en los cielos²⁷⁰, descubrimos que no son sino como la tierra, duraderos en sus cuerpos principales, alterables en sus partes; sobre lo cual, amén de sobre los cometas y las nuevas estrellas, empiezan los telescopios a contar historias; y las manchas que vagan por el sol, con el favor de Faetón, nos convencerían de esto claramente.

No hay nada rigurosamente inmortal salvo la inmortalidad: lo que no tiene principio puede estar seguro de no tener fin²⁷¹. Todas las demás cosas poseen un ser dependiente, y al alcance de la destrucción; aquélla es la peculiaridad de esa necesaria esencia que no puede destruirse a sí misma, y el más alto rasgo de la omnipotencia es estar constituido tan poderosamente como para ni siquiera sufrir el poder de uno mismo. Pero la inmortalidad cristiana se basta para frustrar toda gloria terrena, y la cualidad de los dos estados que a la muerte siguen convierte en desvarío la memoria póstuma. Dios, que es el único que puede destruir nuestras almas, y que ha asegurado nuestra resurrección, ni de nuestros cuerpos ni de nuestros nombres claramente ha prometido la duración; en la que tanto hay de azar que los más audaces esperanzados han hallado infeliz frustración; y tener una larga subsistencia no parece sino un desliz del olvido. Pero el hombre es un noble animal, espléndido en las cenizas y pomposo en la tumba, que solemniza naticidades y muertes con idéntico brillo, y no omite ceremonias bizarras por la infamia de su naturaleza.

La vida es una llama pura, y vivimos por un sol invisible de nuestro interior. Un fuego exiguo basta para la vida: grandes llamas parecieron demasiado pequeñas después de la muerte, mientras los hombres vanamente querían preciosas piras, y arder como Sardanápalo²⁷². Pero la sabiduría de las leyes funerarias²⁷³ descubrió la locura de las llamaradas pródigas, y redujo los fuegos ruinosos a la regla de las exequias austeras, en las que pocos podían ser tan humildes que no pudieran proveer leña, brea, una plañidera y una urna (cxxx).

Cinco lenguas no aseguraron el epitafio de Gordiano (cxxx). Más que cualquiera por su tumba, vive sin ella el hombre de Dios, invisiblemente enterrado por ángeles²⁷⁵, y adjudicado a la oscuridad, aunque no sin algunos signos para encaminar un descubrimiento humano. Enoc y Elías²⁷⁶, sin tumba ni enterramiento, en un anómalo estado de ser, son los grandes ejemplos de perpetuidad en su larga y viva memoria, estando en rigor todavía de este lado de la muerte, y teniendo aún un tardío papel que desempeñar en este escenario de la tierra²⁷⁷. Si en el decretado periodo del mundo todos no moriremos, sino que seremos inmutados, según la traducción recibida²⁷⁸, el último día cavará pocas tumbas; al menos, rápidas resurrecciones se anticiparán a

duraderas sepulturas: algunas tumbas serán abiertas antes de cerrarse del todo, y Lázaro no constituirá maravilla²⁷⁹. Cuando muchos que temieron morir gemirán pidiendo morir tan sólo una vez, ya que el tenebroso estado es la segunda y viviente muerte²⁸⁰; cuando la vida pondrá desesperación en los condenados; cuando los hombres desearán que los oculten montañas²⁸¹, no monumentos, y la aniquilación será cortejada.

Mientras algunos han estudiado monumentos, otros estudiosamente los han rechazado; y algunos han sido tan vanamente tumultuosos que no se atrevieron a confesar sus tumbas: en lo que Alarico parece el más sutil, pues hizo desviar un río para ocultar sus huesos en el fondo (cxxxii). Hasta Sila²⁸³, que se creyó seguro en su urna, no pudo impedir las lenguas vengativas, y las piedras arrojadas contra su monumento. Dichosos son aquéllos a los que el aislamiento hace inocentes; los que tratan con los hombres en este mundo de manera que no temen encontrárselos en el otro; los que, cuando mueren, no producen conmoción entre los muertos, y no les afecta aquella burla poética de Isaías (cxxxiii).

Pirámides, arcos, obeliscos no fueron más que las irregularidades de la vanagloria, y enormidades desenfrenadas de la magnanimidad antigua. Pero la resolución más magnánima radica en la religión cristiana, que pisotea la soberbia y al cuello de la ambición se lanza, buscando humildemente esa perpetuidad infalible ante la que todas las otras deben reducir sus diámetros, y verse pobremente en ángulos de contingencia (cxxxiv).

Los espíritus piadosos que pasaron sus días en el embeleso de la vida futura hicieron de este mundo muy poco más caso que del mundo que lo precedió, cuando ellos yacían a oscuras en el caos de la preordenación y en la noche de sus preexistencias. Y si algunos han sido tan venturosos de entender verdaderamente la aniquilación, el éxtasis, la liberación²⁸⁴, la licuefacción, la transformación cristianas, el beso de la Esposa²⁸⁵, la gustación de Dios y el ingreso en la divina sombra²⁸⁶, ya han tenido una hermosa anticipación del cielo: para ellos sin duda la gloria del mundo ha terminado, y la tierra está en cenizas.

Subsistir en monumentos duraderos; vivir en sus obras; existir en sus nombres, y en el predicado de quimeras, era una gran satisfacción para las expectativas antiguas, y formaba parte de sus Eliseos. Pero todo esto no es nada en la metafísica de la fe verdadera. Vivir es, en verdad, volver a ser nosotros mismos, y al ser esto no sólo una esperanza sino una evidencia en los nobles creyentes, da lo mismo yacer en el Cementerio de San Inocencio (cxxxv) que en las arenas de Egipto: dispuestos a ser cualquier cosa, en el éxtasis de ser para siempre, y tan contentos con seis pies de tierra como con las moles de Adriano (cxxxvi).

Lucano

... *Tabesne cadavera solvat
an rogos haud refert...*²⁸⁸

Notas

- CXI. Sea yo así depositado cuando queden de mí sólo los huesos²³².
- CXII. Así los *Oracula magica* con los escolios de Psellos y Gemisto Plethón²³⁵.
- CXIII. En el salmo de Moisés²³⁶.
- CXIV. Según la antigua aritmética de la mano, en la que el meñique de la mano derecha, encogido, significaba cien. Pierius en *Hyeroglyphica*²³⁷.
- CXV. Una noche tan larga como tres²⁴¹.
- CXVI. Las desconcertantes cuestiones de Tiberio a los gramáticos, según relata Suetonio, *Tiberio*, LXX.
- CXVII. *Odisea*, X, 526.
- CXVIII. Job, 3, 13-15.
- CXIX. De que el mundo pudiera sólo durar seis mil años²⁴⁵.
- CXX. Al haber ya durado la fama de Héctor más de dos vidas de Matusalén antes de que aquel famoso príncipe existiera²⁴⁶.
- CXXI. u, el carácter de la muerte²⁴⁹.
- CXXII. Al levantarse las viejas, y depositarse otros cuerpos bajo ellas.
- CXXIII. Las Inscripciones antiguas, de Gruterus²⁵⁶.
- CXXIV. Que los hombres enseñan en diversos países, dándoles los nombres que les place, y a algunas los nombres de antiguos reyes egipcios sacados de Heródoto.
- CXXV. Quiero que se sepa que existo, no deseo que se sepa lo que soy²⁵⁷.
- CXXVI. Antes del diluvio.
- CXXVII. Eurípides²⁶².
- CXXVIII. Según la costumbre de los judíos, que ponen un cirio encendido en un tarro de cenizas junto al cadáver. León²⁶⁶.
- CXXIX. Eclesiastés, 1, 14, y ss.
- CXXX. Según el epitafio de Rufo y Verónica en Gruterus, «De sus bienes no se halló más que lo suficiente para pagar la pira y la brea para incinerar sus cuerpos, y la plañidera alquilada y la urna»²⁷⁴.
- CXXXI. En griego, latín, hebreo, egipcio, árabe, borrados por el emperador Licinio²⁸².
- CXXXII. Según Jordandes²⁸⁷.
- CXXXIII. Isaías, 14, 4-17.
- CXXXIV. *Angulus contingitiae*, el menor de los ángulos.
- CXXXV. En París, donde los cuerpos se consumen pronto²⁸⁹.
- CXXXVI. Un impresionante mausoleo o mole sepulcral construida por Adriano en Roma, donde ahora se halla el Castillo de Sant'Angelo.

Notas del traductor

230. Marcio Porcio Catón (95-46 a.C.).
231. La anglosajona, la danesa y la normanda, suponiendo que las urnas son romanas.
232. Tíbulo, III, ii, 26.
233. Arquímedes (287-212 a.C.), matemático griego que en su *Arenarius* calculó el número de granos de arena del universo.
234. II Samuel, 8, 2.

235. Miguel Psellos (1019-1078), filósofo e historiador bizantino; Gemisto Plethón (1355-1450), neoplatónico bizantino.
236. Salmos, 90.10.
237. Piero Valeriano (1477-1558), erudito italiano, *Hyeroglyphica*.
238. I Reyes, 11, 1-8.
239. Job, 3, 1-16.
240. Es decir, los ángeles de la guarda, de provincias o personas.
241. Para que Zeus pudiera disfrutar más largamente de ella: Luciano, *Diálogos de los dioses*, XIV, 10.
242. Es decir, tan sólo como reliquia física y material.
243. Éfesos, 6, 16.
244. El 1000 a.C., en la suposición de que el mundo había sido creado el 4000 a.C. y duraría 6000 años.
245. Era creencia muy extendida que el límite de la historia del mundo serían seis mil años.
246. Carlos V (1500-1556) no tenía por delante, al haber nacido en 1500, más que 500 años antes del supuesto fin del mundo.
247. El dios romano de las dos caras, la una mirando hacia el tiempo pasado, la otra hacia el futuro.
248. En el *Padrenuestro: Vénganos el tu reino*.
249. La inicial de θάνατος (*la muerte*).
250. Vertida en *In Ptolemaeum de Astrorum Iudiciis* (pp. 629-80).
251. En varios tratados hipocráticos se mencionan nombres de pacientes para ilustrar casos médicos.
252. *Iliada*, XVI, 149-52.
253. San Mateo, 15, 22-8.
254. San Mateo, 14, 341; San Marcos, 6, 17-28.
255. En 356 a.C.
256. Jan Van Gruter o Gruytère (1560-1627), humanista y arqueólogo holandés, *Inscriptiones Antiquae Totius Orbis Romani* (1603).
257. Girolamo Cardano (1501-1576), médico y matemático italiano, *De Propria Vita*, IX.
258. Quersifron (siglo VI a.C.), arquitecto griego, según Plinio, XXXVI, 21.
259. Sobre el epitafio del caballo Boristenes, Dión Casio, LXIX, x, 2. Sobre la suerte del epitafio del emperador, según Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, el autor se equivoca, pues el historiador romano Elio Esparciano (siglo IV) lo registra en la *Historia Augusta: Turba medicorum regem interfecit (Una turba de médicos mató al rey)*.
260. Horacio, *Odas*, IV, ix, 25-30.
261. Lucina era la diosa romana de los nacimientos: su nombre es empleado como metáfora del nacimiento mismo.
262. En un fragmento de un drama perdido citado por Platón, *Gorgias*, 492e.
263. Es decir, el sueño.
264. Aquí quizá valga la pena citar un pasaje que Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares sin duda inventaron e incluyeron a continuación de este punto y aparte en su traducción de este Capítulo V de *Hydriotaphia* (Véase *El apócrifo apócrifo*, Apéndice I en la edición de J. Marías): "Amplios son los tesoros del olvido, e innumerables los montones de cosas en un estado próximo a la nulidad; más hechos hay sepultados en el silencio que registrados, y los más copiosos volúmenes son epítomes de lo que ha sucedido. La crónica del tiempo empezó con la noche, y la oscuridad todavía la sirve; algunos hechos nunca salen a la luz; muchos han sido

declarados; muchos más fueron devorados por la oscuridad y las cavernas del olvido. Cuánto ha quedado en vacuo, y nunca será revelado, de esos longevos tiempos en que los hombres apenas recordaban su juventud, y más que antiguos parecían antigüedades, cuando perduraban más en sus vidas que ahora en nuestras memorias". La imitación no puede ser más perfecta.

265. Como hizo Niobe, según Ovidio, *Metamorfosis*, VI, 304-12.
266. León de Módena (1571-1648), erudito y rabino judío, *Historia de los ritos hebraicos*.
267. Cambises II (¿?-522 a.C.), último rey de Persia, que conquistó Egipto.
268. Como droga.
269. Hijo de Ham, como personificación del egipcio: Génesis, 10, 6. El nombre significa *frontera, límite*.
270. Aristóteles, *De Caelo*, II, 1.
271. Aristóteles, *De Caelo*, I, 12.
272. Sardanápalo (siglo IX a.C.), quien, al verse cercado sin salvación, se quemó con todos sus tesoros, mujeres y concubinas: Ateneo, *Los deipnosophistas*, XII, xxxviii, 529.
273. Cicerón, *Leyes*, II, xxiii, 59.
274. Véase nota 256.
275. Judas, 9.
276. Eclesiástico 44,16; 49,14. Reyes, 2,11
277. Identificados a menudo como los dos testigos de Apocalipsis, 11, 3.
278. I Corintios, 15, 51.
279. San Juan, 11, 434; Ezequiel, 11, 43-4.
280. Apocalipsis, 21, 8.
281. Apocalipsis, 6, 16.
282. Gordiano (224-244), emperador romano; Licinio (270-325); *Historia Augusta*, XXXIV, 2-5.
283. Según Dión Casio, LXXVIII, xiii, 7. Cornelio Sila (138-78 a. C.), general romano (Plinio, VII, 54; Cicerón, *Leyes*, II, 22).
284. Del alma.
285. La Iglesia, según C A Patrides; Dios, según R H A Robbins (en el original, *the Spouse*, sin ninguna indicación de género).
286. Es decir, las uniones de Cristo, la Trinidad y el amor.
287. Alarico (370-410), jefe visigodo, conquistador de Roma; Jordandes o Jordanes o Jordanis (siglo VI), eclesiástico e historiador de los godos.
288. *Nada importa que los cadáveres sean quemados en la pira o se descompongan con el tiempo*: Lucano, *Farsalia*, VII, 809-10.
289. John Evelyn (1620-1706), *Diary*, II, 131 (1 de abril de 1644).